

¿UN ZARISMO PERFECCIONADO?

LUIS MIGUEL ÚBEDA

La Confesión. En el engranaje del Proceso de Praga

Arthur London

Introducción: Jordi Solé Tura.

Título original: *L'Aveu*. Traducción del francés: Manuel Bouso.

Editorial: Ikusager. Colección Correría.

Vitoria-Gazteiz, 2.000.

515 páginas.

Autobiografía. Flecha en el azul. Volumen 1

Arthur Koestler

Título original: *Arrow in the blue*. Versión castellana: J.R. Wilcock.

Editorial Debate. Colección: Pequeña gran historia.

Madrid, 2.000.

303 páginas.

Autobiografía. La escritura invisible. Volumen 2

Arthur Koestler

Título original: *The invisible writing*. Versión castellana: Alberto Luis Bixio.

Editorial Debate. Colección: Pequeña gran historia.

Madrid, 2.000.

478 páginas.

La casualidad ha hecho coincidir las reediciones españolas de las biografías de dos representantes conspicuos de la III Internacional, comunistas “hechos de una pasta especial”, según descripción de Stalin, después de que Ayuso publicara *La confesión*, en 1971 y Alianza Editorial, la *Autobiografía* de Koestler, en 1974.

London (Ostrava, 1915 – París, 1986) y Koestler (Budapest, 1905 – París, 1983) tuvieron muchas cosas en común: ciudadanos del desaparecido Imperio Austro-húngaro, judíos, comunistas en los años treinta, activistas antinazis, concededores de la URSS staliniana y de la España frentepopulista.

La vida de Koestler semeja bastante la de un aventurero con un inagotable talento para refundirse a sí mismo y una no menor capacidad autodestructiva. Abandonó la Universidad de Viena sin graduarse en 1926 para viajar a Palestina como un activista sionista tras caer deslumbrado por la personalidad

de Vladimir Jabotinski. Renunció luego al sionismo para labrarse con menos de 30 años una envidiable carrera periodística en la cadena Ullstein, que acabaría sacrificando para ingresar en el KPD en 1931. Abdicó de la III Internacional en 1938 en un gesto que a otros les costó el ostracismo y hasta el suicidio. Él también lo intentó en alguna ocasión durante aquellos años, aunque no lo conseguiría hasta 1983, con 78 años, acompañado de su esposa Cinthya.

El prolífico escritor Koestler cambió de idioma en dos ocasiones. Primero para escribir en alemán cuando sus amigos lo hacían en húngaro y, más tarde, al inglés, en el que escribió el grueso de su obra. El dato da una idea no solo de su cultura y talla intelectual, sino de los virajes radicales de su vida.

Su peripecia personal hasta el ingreso en la Comintern la recoge *Flecha en el azul* y su experiencia comunista, *La escritura invisible*. Su apasionante autobiografía hasta los 35 años se sobrepone muy a duras penas a la equívoca, incoherente e insufrible traducción. Conviene ir sobre aviso y no despistarse con expresiones del tipo “Frente del Pueblo”, por Frente Popular; “fascistas sociales”, por *socialfascistas*, es decir, socialdemócratas en lenguaje de la III Internacional hasta 1935; en la página 363, se cita el 8 de marzo de 1936 como fecha de entrada en acción de las Brigadas Internacionales en Madrid (puede que este sea un error más de supervisión que de traducción); se reproducen los nombres rusos con distintos criterios y casi siempre con las normas francesa y anglosajona del tipo “Bukharine” por Bujarin; Yezhov es Teshov y Ieshov en la misma página 425 y así otras erratas y disparates.

Artur London, por el contrario, semeja más un hombre de aparato, un activista del partido desde los 14 años que pasa por todos los avatares de un dirigente comunista de la época incluido su viaje a la URSS a los 19 años atravesando la Alemania hitleriana. Permanecerá fiel al partido y a la URSS hasta su arresto en 1951 como “agente trotskista a sueldo de los servicios secretos norteamericano y británico”, que derivará en el proceso Slansky, cuyas interioridades narra *La confesión*.

El libro está escrito doce años después de su liberación, durante la efímera Primavera de Praga, una experiencia aplastada por los tanques soviéticos y llamada, no sin cierta burla para las víctimas, “socialismo con rostro humano”, en el que London creyó hasta su muerte. Existe una edición facsímil muy curiosa en Edicions de 1984, *Les fonts de ‘La Confessió’* (Barcelona, 1988), que reproduce los manuscritos que London escribió en papelillos de fumar con letra microscópica según una técnica aprendida seguramente en Moscú y pasados en las visitas a su mujer Lise, que sirvieron de base para el libro.

1. RETRATO DE UNA GENERACIÓN

Aunque sus caminos se bifurquen cuando Koestler abandona el partido, el retrato de la época y las vicisitudes de los comunistas no pueden resultar más vívidos por auténticos.

Porque Koestler y London representan a una parte muy significativa de la juventud centroeuropea del primer tercio del siglo XX, protagonista y víctima de todas las barbaridades concentradas de la centuria, las utopías revolucionarias, el fascismo y la guerra. Para prevenir el posible efecto melancólico de los amantes de la aventura en un mundo huérfano de ella, Koestler explica así el destino de su generación: “De cada cuatro personas que conocí antes de los treinta años, tres fueron posteriormente muertas en España, o torturadas hasta

la muerte en Dachau, o ejecutadas en las cámaras de gas de Belsen, o deportadas a Rusia, o liquidadas en Rusia; algunos se arrojaron por la ventana en Viena o en Budapest, otros fueron destruidos por la miseria y la falta de sentido del exilio definitivo” (*Flecha en el azul*, 99).

No hay constancia de que el húngaro y el checo se conocieran en vida, aunque compartieron alguna amistad. Otto Katz, amigo íntimo de Koestler en sus años parisienses como adjunto de Willy Münzenberg (Véase KOCH, Stephen. *El fin de la inocencia. Willi Münzenberg y la seducción de los intelectuales*. Tusquets. Barcelona, 1997), principal agente propagandístico de la Comintern en Europa Occidental en los años treinta, fue ahorcado en el mismo proceso de London después de representar el papel de saboteador sionista y agente del espionaje británico, al que le obligaron sus torturadores y los asesores soviéticos que diseñaron el proceso.

En su alegato final, Katz reprodujo conceptos ya oídos en los procesos de Moscú ante los Vichinsky y compañía de “prestar un último servicio al partido” y “servir de ejemplo monitorio”; en opinión de Koestler, un “mensaje disimulado para indicar que también él se había visto obligado a confesar crímenes tan imaginarios como los de Bujarin y Rubashov” (protagonista de la novela *El cero y el infinito*).

Más allá de la peripecia personal de uno y otro, su vínculo radica en lo que ambos aportaron (Koestler con un acercamiento intelectual en *El cero y el infinito*; y London con su testimonio personal de víctima) para esclarecer el mecanismo de destrucción de los individuos con falsos cargos inventado por el stalinismo y exportado luego a las *democracias populares*: comunistas acusados, torturados, encarcelados y, eventualmente, liquidados, por sus camaradas.

La sola narración del caso London daría para la más increíble novela de horrores, con torturas físicas y psicológicas no menores a las utilizadas por los nazis, las dictaduras iberoamericanas o la satrapía de Pol Pot; las falsas imputaciones, las autoinculpaciones de chiste si no se hubieran cobrado la vida de miles de personas, la extensión de las represalias a las familias y amigos de los detenidos.

Todo ello, en estricto cumplimiento de las directrices ordenadas desde el Kremlin por Stalin para depurar los partidos comunistas tras la insubordinación de Tito en 1948 y su abandono de la Kominform, como en los años treinta la excusa había sido el asesinato de Kirov.

En *La confesión* se menciona el desembarco de equipos de especialistas soviéticos (los “jefes ocultos de Ruzyn”, la prisión de Praga) para preparar la instrucción y dirigir en la sombra los interrogatorios.

London lo sabe. Uno de los torturadores de la policía política checa, un *référént* (en alemán coloquial, chivato, delator, confidente), le ha advertido: “Ya veremos quién se cansa antes (...) Un hombre como Radek ha aguantado tres meses” (176), una información al alcance solo de los que interrogaron a aquel miembro de la vieja guardia bolchevique fusilado por Stalin.

Es asombroso y triste que el calvario de London entre 1951 y 1952 estuviera ya contado por Koestler como obra de ficción desde 1940 y, aún antes, como reconoce el húngaro, por el primer desertor relevante de los servicios secretos militares soviéticos, general Walter Krivitski, *suicidado* en un hotel de Washington tras su defección de 1937 y publicar en 1939 *Fui un agente de Stalin*. Koestler asegura no haber leído el libro hasta años después, en el que

se detalla desde el punto de vista de los torturadores la instrucción de los procesos de Moscú. Pero, ¿conocería el checo *El cero y el infinito*, habida cuenta del éxito que había conseguido en su querida Francia?

Lo que sí comenta London es haber leído una transcripción de los procesos de Moscú que narró luego a su esposa cuando llegó a Valencia durante la guerra. Recuerda en especial a Krestinski, porque fue el único del proceso de 1936 que rechazó ante el tribunal pertenecer al llamado bloque de derechistas y trotskistas, “que por otra parte ni siquiera sabía que existiese”, dijo.

Al día siguiente, se retractó y confirmó todas las “confesiones” de la instrucción. Para justificar su testimonio anterior, lo explicó así: “Bajo el influjo de un agudo sentimiento de vergüenza... no he podido decir la verdad, decir que era culpable” (305).

London describe el ambiente moscovita de aquellos tiempos: “Eminentes personalidades (...) y tantos otros dirigentes conocidos del movimiento comunista mundial, desaparecían de la noche a la mañana. Iba de boca en boca el estupor, que se había descubierto algo contra ellos, algo grave que no se debía comentar por el momento; que había que esperar las explicaciones. Pero estas no llegaron nunca. Y otras personas seguían desapareciendo” (302).

Dicho conocimiento raramente condujo a los comunistas a pedir explicaciones y, mucho menos, a cuestionar los métodos. En parte, por miedo, sí; y, en parte, porque muchos los compartían. El partido era una organización militarizada y el latiguillo de que nada podía hacerse fuera de él y, mucho menos, contra él funcionaba perfectamente.

En mayo de 1955, comenzadas tímidamente las rehabilitaciones en la URSS y las *democracias populares*, Ilya Ehrenburg coincide con Lise en casa de unos amigos comunes. “Le dice que personalmente no ha creído jamás en el proceso ni mi culpabilidad” (482). El embajador soviético no dejó constancia pública de sus certezas, convirtiendo de hecho su silencio en complicidad por omisión.

2. VÍCTIMAS COMO VERDUGOS

El plus del horror, lo específico de este episodio, intuido por Koestler, confirmado por Krivitsky y testimoniado por London lo constituye la buscada complicidad de las víctimas con sus verdugos, una macabra solidaridad que procede de una cultura política y una historia comunes.

Resulta especialmente odioso que los *référénts* exijan a los que van a morir un acto de lealtad para que asuman imputaciones delirantes: “¿No está usted de acuerdo en ayudar al Partido y a la URSS? ¿Ha caído usted tan bajo como para persistir en negarnos su colaboración?” (89).

London tiene la valentía de admitir que él también aceptó ese siniestro juego impuesto por sus compañeros de armas y dosificado por funcionarios que lucían en sus gorras y charreteras la estrella roja de cinco puntas por la que tantos compañeros habían sacrificado sus vidas.

El testimonio de autoridad desde el corazón de las mazmorras certifica el sistema patentado por la policía política soviética, con los procesados declamando las confesiones hasta memorizarlas y representándolas en la sala de vistas para pasmo del tribunal, del público escogido por las organizaciones del partido, la prensa internacional y sus propias familias.

En su caso, hasta su mujer Lise, nacida Elisa Ricol, hija de emigrados turolenses en Francia, descubre en el estrado al peor traidor a la causa, que ha conseguido ocultar su maldad durante los dieciséis años de feliz y combativo matrimonio comunista, primero en Moscú donde se conocerían, después como delegado de la Comintern en las Brigadas Internacionales, luego en la resistencia armada antinazi en Francia, como prisionero en el campo de concentración de Munchausen y, una vez retornado a Checoslovaquia en 1948, como alto funcionario del partido y el gobierno. “No dudo de ti, Gérard, pero igualmente tengo fe en el Partido; y si el Partido ha autorizado tales medidas, me digo que debe haber algo que las legitime” (202).

Su primera reacción tras conocer la “confesión” fue solicitar el divorcio y escribir al presidente Gottwald el 22 de noviembre de 1952: “Un traidor ha vivido a mi lado y al de los míos, todos comunistas desde hace mucho tiempo, sin que pudiésemos sospecharlo” (396). A Lise le salva su rectificación y seguramente su pasaporte francés (véanse sus memorias en dos tomos, *La madeja del tiempo*. Ediciones del Oriente y del Mediterráneo. Madrid, 1996).

Resulta sórdido que, en un principio y para proteger a su familia, London desee que su mujer le crea realmente un enemigo para divorciarse y pueda abandonar la socialista Checoslovaquia y volver a la burguesa Francia: “Allí se encontrará en un medio sano, lejos de la podredumbre y al abrigo de la arbitrariedad y las represalias” (204).

¿No hubo nadie decente que denunciara tan odiosa tramoya? Pocos, como en Moscú.

Junto a la catarata de represalias y bajezas cometidas por el partido contra su esposa, London cita un encuentro casual de Lise con Karel Berger, un camarada destituido de la dirección de la fábrica por carecer de orígenes proletarios (sic) y haber permanecido en Occidente antes de la guerra obligado como ella a trabajar de simple obrero. “Sé lo sincera que eres —le comenta— y que has escrito lo que te dictaba tu conciencia. ¡Pero no debías haberlo hecho, porque tu marido es inocente! (...) ¿Cómo puede uno explicarse que, de la noche a la mañana, los que fueron héroes ayer se vuelvan hoy traidores y espías? Como no lo comprendo y no estoy de acuerdo, he decidido devolver a la Organización mi carné del Partido” (397).

El mérito de Koestler consistió en desentrañar, ¡ya en 1940!, el perverso mecanismo que operaba detrás de los procesos políticos. Aquella intuición se basaba en su perspicacia y la experiencia de comunista en los círculos europeos de la época. Como ejercicio intelectual, el mismo Koestler admitió luego no haber tenido suficientemente en cuenta la tortura física y psicológica (en el caso de London duró más de un año, poniéndolo varias veces al borde de la muerte), para “convencerlos” de participar en la comedia. A otros no se les dio siquiera esa oportunidad. Fueron liquidados sin más preámbulos.

Los comunistas habían sido y serían víctimas de los más sádicos tormentos a manos de los nazis (léase la apasionante *La noche quedó atrás*, de Jan Valtin, también en una insufrible versión española de Sudamericana) o de cualquier dictadura de un signo u otro. La rebeldía de un cautivo puede salir intacta del interrogatorio de un adversario, por mucho que su cuerpo se quiebre. Su superioridad moral, real o ficticia, puede salir reforzada sobre la infamia de los matarifes.

Aquí, los torturadores son compañeros de partido a las órdenes de la autoridad política, lo cual deja sin enemigo al reo o hasta le hace creer que él

es el enemigo. Esa situación convierte a los comunistas, capaces de sucumbir valerosamente a manos de sus enemigos declarados, en mansos corderos camino del matadero cuando son víctimas de los atropellos de los suyos.

La perversidad del método hace que algunos lleguen a creer realmente en su culpabilidad o, como recordó Jruschov, a muchos reclusos en campos de concentración bajo Stalin hubo que convencerlos posteriormente de su inocencia, tras haberlos convencido antes de su culpabilidad.

London cita a un amigo de infortunio que cree haber sido sometido a una prueba: “Cuando me metían en el calabozo me frotaba las manos y pensaba: es la última prueba. Hoy es martes, el viernes seré liberado. No me quedan pues, más que tres días...” (176). Fue sentenciado a 22 años.

3. UN SISTEMA CERRADO

En cada comunista opera un dispositivo automático propio de lo que Koestler llama sistemas cerrados. Sabiéndose rehenes, no se permiten revelar los secretos de los procesos ni del sistema de represión interna, bien para no regalar munición al enemigo, bien para no empeorar su situación, de la familia, del partido o de la URSS. Es la parte más sutil del chantaje. Lo más sucio lo constituye la permanencia en las altas esferas de personas que, por acción u omisión, han participado en las depuraciones de inocentes. Su sola presencia impide la liberación o la rehabilitación de las víctimas o, cuando se consigue, se haga de manera tan arbitraria como el encarcelamiento previo.

En diciembre de 1954 fue rehabilitado Noël Friend, cuyo “trabajo” para los servicios secretos norteamericanos fue la base de la acusación contra el grupo de Slansky, pero London no sería liberado hasta 1956. Para proteger al partido y a la URSS, los cuatro reos que sobrevivieron (los otros once, fueron ahorcados), no podían hacer el juego a la reacción y debían mantener el pacto de silencio a toda costa. “No nos perdonan sus propios errores”, dice a London uno de sus compañeros de infortunio.

Si leyéramos el prólogo de Jordi Solé Tura después del texto de London, concluiríamos que su caracterización del stalinismo, ¡en el año 2.000!, se queda, sea con toda la piedad del mundo, corta.

Solé Tura describe el stalinismo como una “versión modernizada del viejo zarismo”, en el que la represión se ejercía con los “mismos métodos y la misma violencia”. La diferencia estribaba en que los disidentes (los propios comunistas) percibían al “zarismo stalinista” y al partido como sus puntos de referencia, y no como “lo que realmente eran, sus verdugos” (16).

Pero lo que describen London, Koestler y una legión de viejos militantes, historiadores y especialistas no parece exactamente la versión superior del zarismo, sino algo que nos sitúa más bien en otra tradición política, otra concepción del individuo y de la historia.

Metiendo ambos en un mismo saco escamoteamos en realidad lo que tienen de característico uno y otro.

¿No sería un sarcasmo describir el nazismo como una dictadura prusiana modernizada? Bueno, pues una parte de la izquierda sigue concibiendo en el siglo XXI que el stalinismo fue un exceso, pero que obedecía a un movimiento político e histórico que hay que salvar. Algunos han avanzado muy poco desde la denuncia de Jruschov.

Úbeda, Luis Miguel. ¿Un zarismo perfeccionado?